

Héroes de nuestro tiempo

Santiago Segurola

La madre de todos los récords

Una obsesión martirizaba a Bob Beamon poco antes de su primer salto. Nadie le prestaba demasiada atención, excepto los saltadores que esperaban su turno. Dos de ellos estaban sentados en un banco, junto al callejón. No eran gente cualquiera. Ralph Boston, ganador en los Juegos Olímpicos de Roma 60, disfrutaba desde hacía tres años del récord del mundo. Su marca, 8,35 metros, había sido igualada por el soviético Igor Ter Ovanesian, el más elegante de los saltadores de su tiempo. Boston charlaba con el galés Lynn Davies, campeón olímpico en Tokio 64. De campeón a campeón, Davies le confesó su pálpito a Ralph Boston: "Si alcanza bien la tabla, Beamon va a reventar el récord del mundo".

Cerca de cuarenta mil personas se habían congregado en el estadio olímpico de México. La gente acudía fascinada por la multiplicación de proezas. Dos días antes, Tommie Smith había triturado el récord mundial de los 200 metros. Las marcas se derrumbaban con estrépito. Una sensación irreal, o de realidad mágica, presidía la mayoría de las pruebas de salto y velocidad. Comenzó a extenderse la idea de las favorables condiciones de México para ciertas especialidades. Situada a 2.600 metros sobre el nivel del mar, la ciudad permitía a los *sprinters* y saltadores beneficiarse de una menor densidad del aire, el 23 por ciento más ligero que en una ciudad costera. Para Bob Beamon, un neoyorquino de Queens, el único aspecto meteorológico que le preocupaba era la inminente tormenta. Negros nubarrones acechaban el estadio. Tenía que sacar ventaja antes del aguacero.

La obsesión de Beamon era estrictamente técnica. Con sólo veintiún años, había dedicado al atletismo menos pasión que al baloncesto. Poseía un don natural para saltar, desde luego. Pocas semanas antes de los Juegos había logrado una marca de 8,33 metros, a dos centímetros del récord mundial. Desde el año anterior, defendía

el récord mundial en pista cubierta, con 8,25 metros. Era el saltador con más condiciones, pero no estaba nada claro que fuera el mejor. Su porcentaje de saltos nulos resultaba desalentador. Beamon se había convertido en un tiro al aire. Si alcanzaba bien la tabla, era invencible. Por desgracia, casi nunca lo lograba. Un día antes, Beamon sufrió lo indecible para entrar en la final. Dos nulos sucesivos le obligaron a un salto de seguridad en su último intento clasificatorio. Ni tan siquiera pisó la madera, pero alcanzó su objetivo.

Pocos años antes, en el instituto del barrio de Jamaica, distrito de Queens, Beamon se había convertido en una leyenda local. Anotaba una media de veinte puntos en el equipo de baloncesto y su calidad natural como saltador destacaba sobre los demás juveniles. Era alto (1,91 metros), flaco y rápido. Se apasionaba más por el baloncesto que por el atletismo, pero estaba infinitamente más dotado para saltar que para jugar. Fueron sus progresos en la longitud la llave de su ingreso a la Universidad de North Carolina A&T y luego a la de Texas-El Paso, un centro que acababa de saltar a la fama por un episodio relevante. En 1996, cuando la universidad se denominaba Texas Western, su equipo de baloncesto ganó la final del campeonato de Estados Unidos. La singularidad residía en el quinteto: por primera vez en la historia, todos los titulares eran negros.

Su poca atención técnica de salto le preocupaba más que nunca aquella tarde del 18 de octubre. No podía permitirse un nulo. No podía esperar a que descargara la lluvia. Necesitaba un salto para ponerse al frente de la clasificación. En la pista, los atletas de 400 metros esperaban el disparo de salida. Lee Evans, Larry James y Ron Freeman estaban a punto de colocarse en los tacos. Miraron hacia la zona donde se disputaba la final de longitud. Beamon comenzó su carrera. El viento se agitó a favor del atleta. La tormenta estaba a punto de estallar. En todos los sentidos, Beamon se lanzó en una carrera rapidísima,

hasta alcanzar el punto final de la batida. Pisó toda la tabla, pero la puntera de su zapatilla no dejó ninguna huella en la plastilina. El nulo estaba salvado. Acababa de comenzar el vuelo más célebre de la historia. Beamon se elevó hasta una cota sorprendente, con las dos piernas abiertas y encogidas, un enorme y desconocido pájaro sobre un foso de arena. En lo que pareció un vuelo más prolongado de lo normal, Beamon no perdió en ningún momento la coordinación. Cayó con los dos pies paralelos en la arena, desde donde salió rebotado hacia delante. "Eso ha sido muy largo", comentó Freeman a sus compañeros de la final de 400 metros. Ralph Boston y Lynn Davies brincaron desde el banco. Beamon se dirigió rápidamente a un costado del foso.

Por primera vez en los Juegos Olímpicos, la medición se efectuaba a través de una célula óptica, colocada en un rail. Un juez comenzó a mover la célula por el carril. Cuando llegó a los 8,50 metros, el aparato óptico cayó al suelo. El rail no daba para más. "Es un salto increíble", le aseguró el juez a Beamon. Se pidió una cinta métrica. En el estadio empezó a cundir la impresión de que había sucedido algo sobrenatural. La salida de los 400 metros se aplazó hasta que se calmaran los ánimos. La primera condición estaba resuelta: el viento había soplado favorablemente a Beamon con una velocidad de 2m/s, el máximo legal permitido. Ahora les tocaba a los jueces dar noticia de la marca. Fue un procedimiento moroso. Una y otra vez se revisó la medición hasta acreditar la seguridad de lo impensable. Por fin aparecieron los números en el marcador situado junto al foso: 8,90 metros. Beamon acababa de superar el récord mundial por 55 centímetros, un avance colosal que trastornó a todo el mundo.

Beamon comenzó a correr y saltar, víctima del shock. Cayó de rodillas en la pista, en la sexta calle, apenas sostenido por Ralph Boston, que le comunicó la magnitud verdadera de la marca. Beamon no conocía el sistema métrico decimal. Boston, frecuentador de las reuniones de atletismo en Europa, le convirtió la marca al sistema anglosajón: "No son 29 pies, Bob. Son 29,2 1/2". Abrumado por la impresión, Beamon comenzó a tiritar y sollozar. Sus rivales comprendieron el significado del salto. "Comparado con eso, todos nosotros somos

unos niños", comentó Igor Ter Ovanesian. "No hay manera de saltar en estas condiciones. Nos ha vencido un hombre que ha saltado a otro mundo". La marca aniquiló la final. El segundo clasificado, el alemán oriental Beer, saltó 8,19 metros. Ni la altitud ni el buen viento ayudaron a los saltadores. Habían caído ante la madre de todas las marcas, el récord destinado a durar eternamente. Duró veintitrés años. En agosto de 1991, Mike Powell se anticipó a la tormenta que estaba a punto de desatarse en Tokio para batir por cinco centímetros la marca de Beamon, el récord de todos los récords.

Marca, 17 de octubre de 2008.

* * * * *

La revolución viene de espaldas

"Como tantas veces sucede con los estadounidenses, Fosbury no tuvo miedo a inventar. No le importó ser diferente a los demás. Era un iconoclasta". (Ramón Cid, responsable de saltos de la Federación Española de Atletismo)

Veintidós de febrero de 1968. El etíope Mamo Wolde acaba de ganar el maratón de los Juegos de México. Es la última prueba del programa olímpico, pero en la pista permanecen unos pocos atletas. Uno de los fondos del estadio empieza a atestarse de gente. Algo extraordinario está ocurriendo. Un saltador de altura ha cautivado al público y tiene perplejos a los jueces, que se consultan y no están seguros de sus decisiones. Los aficionados jalean al chico. Es un estadounidense de veintiún años. Se llama Dick Fosbury. Fuera de un puñado de fanáticos de la especialidad, nadie ha oído hablar de él. Salta de espaldas a la barra.

("El estilo habría aparecido de cualquier manera. Con la aparición de las colchonetas, lo lógico es que alguien hubiera comenzado a practicar alguna variante de la tijereta. Digamos que el estilo Fosbury es una tijera de segunda o tercera generación".)

Fosbury sólo destaca en su último año. Estudia en la Universidad Estatal de Oregón y se ha convertido en una estrella del equipo de atletismo. Ha olvidado cualquier tentación de coquetear con la técnica imperante: el rodillo ventral. Es un espárrago que no tiene potencia

para afrontar el desafío del rodillo. No es fuerte, ni rápido. Es alto: 1,94 metros. Desde niño siente fascinación por el salto de altura. En el instituto de Medford, un pequeño pueblo de Oregón, intenta sin éxito superar sus limitaciones con el rodillo ventral. Imposible. Con quince años, sólo puede saltar 1,54.

Su naturaleza le exige otra cosa: la tijereta. Fosbury se siente más cómodo. Sus progresos son evidentes. El listón asciende, Fosbury comienza a tener problemas con la tijera. Intuitivamente varía el ángulo de entrada hacia la barra. La cabeza y la espalda empiezan a pasar por encima del listón. Las piernas se quedan un poco atrás. Salta 1,80 metros. Se siente cómodo. El cuerpo le pide esa forma de saltar. No lo sabe aún, pero está a punto de cambiar la historia del salto de altura para siempre.

("Un aspecto decisivo en el impacto de Fosbury es que aparece en los Juegos Olímpicos y gana la prueba. Llegó para revolucionar el salto de altura, para convertirlo en otra cosa".)

Fosbury choca frontalmente con los ortodoxos. El mundo está fascinado por las hazañas de Valeri Brumel, el potentísimo saltador soviético. Es una estrella de dimensiones mundiales. Dos años antes de los Juegos de México sitúa el récord mundial en 2,28 metros. Un accidente de motocicleta le produce graves fracturas en una de sus piernas. Los aficionados están pendientes de su recuperación. Sin Brumel, la prueba parece huérfana de alicientes. En Medford, Fosbury afina la técnica frente a la sospechosa opinión de los técnicos. Termina su etapa en el instituto local y recibe una beca para estudiar en la Universidad Estatal de Oregón. Los entrenadores observan divertidos al chico. "Tiene gracia, pero nunca llegará a ninguna parte", dicen. Fosbury se mantiene terco. En el verano de 1965, un mes antes de ingresar en la universidad, supera por primera vez los dos metros. Lo hace a su manera. Caen sobre los pedazos de gomaespuma extendidos tras el listón. Se hace daño. Siempre se hace daño. Si hubiera colchonetas para amortiguar el golpe, saltaría más. Pero las primeras colchonetas son muy caras. Cada una cuesta trescientos dólares.

Berny Wagner, el entrenador del equipo universitario, insiste con el rodillo ventral. Para saltar bien, hay que hacer el rodillo. Fosbury lo intenta. Sus marcas se desploman. Otra vez es incapaz de superar el 1,80. Tiene diecinueve

años y no ve porvenir en el atletismo. El instinto le exige otra cosa: volver a su estilo particular. Lo hace a escondidas. Una tarde, sube la barra hasta el 1,98. Lleva una camiseta y unas bermudas. Su entrenador le filma sin que Fosbury se entere. Pasa varios centímetros por encima del listón. Berny Wagner claudica. Las marcas se disparan. Con veinte años salta 2,13. No es casualidad. Lo repite en varias ocasiones, pero nadie tiene noticias de Fosbury fuera de Oregón. Le favorece el sistema estadounidense, que da oportunidades a todo el mundo en las pruebas de selección del equipo olímpico. Fosbury no sólo es un iconoclasta, también tiene fibra de competidor. Salta 2,18 metros y entra en el equipo olímpico. En México, los espectadores se ríen cuando observan su primer intento sobre 2,09. Fosbury traza una larga curva, se gira en el momento de despegar y salta limpiamente sobre el listón. De espaldas. Caen sobre una colchoneta amplia y mullida. No tiene por qué sentir miedo. Los jueces se miran asombrados. Le han visto en las series de clasificación, pero no están seguros de que la técnica sea legal. La realidad es que Fosbury ha superado la altura. "¿Cuándo empezará a saltar como los demás?", se pregunta la gente. Nunca. Supera los 2,14 metros. A la primera. Los 2,18, a la primera; 2,20, a la primera; 2,22, a la primera. Mejora por un centímetro su mejor marca personal, obtenida en los Campeonatos Universitarios. Encabeza la prueba. Fosbury es la atracción de la tarde. Ya no es un bromista. El ruso Gavrilov no logra aguantar su ritmo. Falla sus tres intentos en 2,22 metros. Pero el estadounidense Carruthers sí supera esta altura.

Los espectadores se vuelcan con Fosbury, mitad atracción de feria, mitad revolucionario. Totalmente revolucionario cuando vence el listón en su último intento sobre 2,24 metros. Carruthers fracasa tres veces. Dick Fosbury es el nuevo campeón. Ha batido el récord olímpico. Ha mejorado su mejor marca personal en tres centímetros. Ha cambiado radicalmente el salto de altura: intuitivamente ha descubierto la manera más eficaz de aprovechar la velocidad horizontal para potenciar la velocidad vertical; es decir, para subir más. Lo hace tras recorrer un largo arco, girarse en el punto de batida y pasar el tronco de espaldas a la varilla. Esa locura tiene un nombre: *Fosbury Flop*. El legado señala la genialidad de su autor. Excepto el soviético Yuri

Tarmak, ganador en Munich 72, todos los demás campeones olímpicos pertenecen a la escuela que creó el chico de Oregón. Se diría que desde aquel octubre del 68 no se salta altura, se hace Fosbury.

Marca, 18 de octubre de 2008.

* * * * *

Balas americanas

Él es pequeño y compacto, un velocista enérgico que necesitó pulir muchos defectos para convertirse en el mejor del mundo. Ella es alta y poderosa, predestinada por sus condiciones naturales a acercarse a los registros imposibles de Florence Griffith. Él es Maurice Greene, plusmarquista mundial de 100 metros; ella es Marion Jones, invicta en los 100 y 200 metros desde hace tanto tiempo que parece de otro planeta. Ellos son estadounidenses, pero se han hecho célebres en Europa, porque el atletismo norteamericano atraviesa una crisis que muchos especialistas consideran irremediable. Sin dinero para los atletas, ante la indiferencia de la televisión y del público, el atletismo estadounidense sobrevive en condiciones precarias. Sin embargo, la producción de estrellas no se detiene. Cada año surgen de la cantera universitaria un par de estrellas que deciden hacer del atletismo su profesión, desdeñando la fascinación que ejerce sobre ellos el fútbol americano, el béisbol o el baloncesto. La base del deporte universitario es tan vasta que no hay manera de detener la aparición de grandes atletas. Marion Jones expresa mejor que nadie el complejo sistema de valores que domina el deporte en Estados Unidos. Con quince años comenzó a batir récords, adelantándose a su tiempo. Con dieciséis años alcanzó las finales de las pruebas de selección para los Juegos de Barcelona. Obtuvo un puesto en el equipo de relevos y fue cuarta en los 200 metros. Pero no viajó a Barcelona. Su madre consideró que era demasiado joven para vivir un mes alejada de la familia. Su nombre quedó como la promesa de algo grande. Pero durante tres años desapareció de escena. Marion Jones se había trasladado desde California hasta la costa este. Ingresó en la Universidad de Carolina del Norte, donde otro MJ (Michael Jordan) había

hecho historia en el equipo de baloncesto. A Marion le gustaba el baloncesto y deseaba probar la aventura. Era alta (1,78 metros) y rápida, increíblemente rápida. Sylvia Hatchett, la entrenadora del equipo, quedó asombrada por las condiciones de su nueva jugadora y de su capacidad para aprender. Comenzó a jugar de base, puesto que nunca había desempeñado. Y lo hizo con un éxito total: se convirtió en una de las mejores jugadoras universitarias de Estados Unidos y ganó el campeonato nacional de 1994. La emergente promesa del atletismo se había convertido en una estrella del baloncesto. Contaba veinte años y le quedaba un año para graduarse. No se graduó. Un día entró en el despacho de su entrenadora y le dijo que abandonaba el equipo. "Quiero ser la mujer más rápida del mundo". Típica historia americana. Tres meses después (en la primavera de 1997) cumplió su objetivo. Esta súbita transformación se debió a sus maravillosas condiciones físicas y al trabajo de Trevor Graham, un antiguo especialista jamaicano de 400 metros vallas que oficiaba de entrenador en Carolina del Norte. A pesar de que Marion Jones todavía observa ciertas deficiencias técnicas, especialmente en el salto de longitud, donde actúa con la ingenuidad de los recién llegados al atletismo, su hegemonía no admite dudas. En 1997, con veintiún años y apenas seis meses después de su reingreso en el atletismo, ganó la prueba de 100 metros en los Mundiales de Atenas. Desde entonces, combina su facilidad para derrotar a sus rivales -no ha perdido ninguna carrera en los dos últimos años- con el desafío que supone acercarse a los récords de Florence Griffith (10,49 segundos en 100 metros y 21,34s en 200). Jones ha corrido estas dos pruebas en 10,65s y 21,62s. Mientras reina con puño de hierro sobre las carreras cortas, Marion Jones y su entorno (su marido es el excelente lanzador de peso C. J. Hunter) calibran el rendimiento que pueden dar sus marcas, su versatilidad y un carácter agradable, tres factores que pueden resultar muy apetitosos en el terreno de la publicidad. Para convertirse en un rostro conocido para el público americano -ahora no lo es- necesita estar a la altura de Carl Lewis y Jesse Owens. Por eso pretende conseguir cuatro medallas de oro (100, 200, relevos y salto de longitud) en los Mundiales de Sevilla. No le será fácil, especialmente por sus deficiencias en longitud, donde su técnica es

abominable. Jones sabe que dispone de un año y dos grandes competiciones (los Mundiales y los próximos JJOO) para alcanzar la condición de estrella en un país que ha dado la espalda al atletismo.

A Maurice Greene le resultará más difícil. Es el hombre más rápido del planeta. En mayo corrió los 100 metros en 9,79 segundos, una marca colosal que marcaba un regreso a los límites que impuso Ben Johnson. El estallido Greene es paralelo al de Marion Jones. Surgió como un trueno en 1997, ganó los Mundiales de Atenas y desde entonces domina a los demás en la prueba de los 100 metros. La diferencia con Marion Jones radica en sus orígenes. Ella fue precoz; él tuvo que emigrar a California para alcanzar su gran sueño. Natural de Kansas City, en el Medio Oeste, nunca jugó un papel importante entre los aspirantes a la sucesión de Carl Lewis. Participó en los Mundiales de 1995 y fracasó. Un año después no consiguió ni de lejos un puesto en el equipo estadounidense para los Juegos de Atlanta. Parecía uno más entre la decena de buenos velocistas norteamericanos. Greene pensó que era la hora del cambio. Se trasladó a California, contactó con el entrenador John Smith -el gran gurú del atletismo en las carreras de velocidad- y se transformó en Cannonball (bala de cañón). Relativamente bajo con 1,75 metros, pero fortísimo, Greene parece imbatible. Ganó el Mundial de 1997 y acaba de batir el récord mundial. Frente al hosco Michael Johnson, Greene es un tipo amable que no duda en firmar autógrafos a quien quiera que se lo pida. Y tiene la misma fama de personaje agradable en su relación con los demás atletas. Se diría que tiene condiciones para obtener más atención de la que recibe. Dicen que su problema no es otro que la falta de carisma. No tiene ángel, o al menos en Estados Unidos no se lo encuentran, motivo por el que le cuesta rentabilizar en dinero o imagen la categoría de sus marcas. En otros tiempos, el simple hecho de ser el mejor del mundo (un Bobby Morrow, un Bob Hayes, un Carl Lewis) le hubiera procurado una atención superlativa en Norteamérica. Sin embargo, Mo Greene paga el signo de los tiempos. Querido en Europa, admirado por sus proezas en la pista, Greene lucha contracorriente, contra el desafecto que se ha instalado en su país contra el atletismo.

El País, 19 de agosto de 1999.

* * * * *

El hombre sí puede volar

Nadie ha ganado una final olímpica de 100 metros como Usain Bolt. Nadie ha batido el récord mundial como Bolt en Pekín. Nadie ha producido una conmoción tan profunda tras una victoria que se adivinaba desde las series previas, pero que no anticipaba todo el esplendor que manifestó el velocista jamaicano. Con un sentido tan afilado para correr como para desplegar su exuberante juventud, Bolt aniquiló a sus rivales y se abrió de capote en los últimos quince metros. Bajó la cruz de sus brazos, extendió las palmas de la mano y cerró la carrera con una mezcla nunca vista de superioridad. Ganó con 9,69 segundos, la primera vez que un hombre baja de 9,70. La marca explica la clase de victoria que logró el velocista jamaicano, un recién llegado a la prueba y un revolucionario a la vez.

Todo resulta extraordinario en Bolt. En muchas décadas no se recuerda a un jerarca tan joven de la distancia. Este mes cumple veintidós años, edad generalmente insegura para los *sprinters*. No sólo destaca por su juventud: también es un novato en los 100 metros. Apenas una docena de carreras le han servido para destruir todas las convenciones que presidían la prueba. Mide casi dos metros (1,97 metros), altura supuestamente imposible para manejarse con éxito en una carrera tan corta. Su perfil apunta a cuatrocentista, pero Bolt detesta los 400 metros. Todo es al revés de lo que parece en un gigante que utiliza la frecuencia de zancada de un velocista de talla media. La lógica no explica a Usain Bolt, que sólo puede definirse desde lo excepcional. Despreció los últimos quince metros de carrera para festejar la victoria. Y, sin embargo, logró un récord que al resto de esta generación le resulta inalcanzable. Lo hizo con la postura menos aerodinámica posible, con los brazos levemente separados de su cuerpo, extendidos en señal de autoridad, coronó su victoria con un golpe en el pecho y una ventaja de dos décimas de segundo sobre Richard Thompson, segundo clasificado de una carrera que cierra una época y abre una nueva. Los tres primeros -Bolt, Thompson y el estadounidense Walter Dix- no han cumplido

veintitrés años. Son el futuro de una prueba que confirmó el frágil sistema nervioso de Asafa Powell, que decepcionó nuevamente en una gran final. Fue el atleta asustadizo de siempre, superado por los acontecimientos, un gran velocista que tiene demasiadas ganas de perder. Perdió, por supuesto. Fue quinto con 9,95 segundos.

Tyson Gay es de otra pasta: duro, ganador. Le distingue más el rigor competitivo que sus cualidades técnicas o físicas. Se le suponía una amenaza para Bolt, y hasta se le consideró favorito en algunos corrillos por su experiencia en las grandes competiciones. Pero el duelo no se produjo. A Gay le ha pesado la inactividad del último mes. Su lesión de fibras le ha convertido en un velocista segundón. Dio mala espina durante la clasificación y se desinfló en las semifinales. Fue quinto y no entró en la final. Ty Gay está tieso.

Aunque todas las circunstancias favorecieron a Bolt -la ausencia de Gay, la debilidad de Powell en los grandes momentos, la inexperiencia de sus rivales-, la carrera no se decidió por la falta de competencia. Quedó marcada por el sublime ejercicio del jamaicano. Desde la primera serie hasta la final, Bolt no se ha preocupado por la amenaza exterior. Convirtió los 100 metros en un festivo monólogo. Apareció en la final sin preocupación alguna. Bromeó, charló, salió y ganó. Bolt convirtió la final en la expresión de la felicidad. Tantas veces considerada como una carrera que privilegiaba a los tipos duros, los 100 metros están en poder de un hombre que traslada a la pista el espíritu de Jamaica.

Por las bocanas del estadio salían felices los jamaicanos. Cantaban, se reían y coloreaban una noche que proclamó la autoridad de los velocistas caribeños. Seis finalistas procedían de esa mina de oro que son las pequeñas islas de Jamaica (Bolt, Fraser, Powell), Trinidad y Tobago (Richard Thompson y Marc Burns) y las Antillas Holandesas (Churandy Martina). Los dos restantes era estadounidenses: el joven Dix y el veterano Patton. Estaba escrito que el ganador sería Usain Bolt. No falló en ningún aspecto. Batió el récord del mundo con una marca excepcional, pero avisó que sus límites están más cerca de 9,55 que de otra cosa. También tuvo perspectiva de lo que significaba la final. Desde 1996, con Donovan Bailey como vencedor en Atlanta, no se batía el récord del mundo en

una final olímpica. Bolt lo consiguió. Y fue lo suficientemente expresivo para consagrarse como un ídolo carismático, no uno de esos campeones que dejan indiferente al personal.

Bolt sabía que Pekín era su oportunidad para saltar a la cabeza de la escala económica y mediática del deporte. Ha aprovechado el momento perfectamente. Llegó a Pekín sin apenas ruido. Saldrá de los Juegos convertido en una celebridad planetaria. Tenía poco tiempo para demostrarlo. Menos de diez segundos. Lo consiguió con una actuación deslumbrante por el récord y por la manera de obtenerlo.

Marca, 17 de agosto de 2008.

* * * * *

Planeta boltiano

Si hay que hacer historia, Usain Bolt lo hace a lo grande. ¿Qué añadió ayer a sus portentosos récords de 100 y 200 metros? Uno más, de enormes proporciones nuevamente, en colaboración con los demás *sprinters* jamaicanos. Dentro del equipo de relevos, pero incapaz de pasar inadvertido, Bolt convirtió una buena carrera de sus compañeros en un trueno. Jamaica venció, batió el viejo récord del mundo que establecieron los estadounidenses en Barcelona 92 y el chico conquistó su tercera medalla de oro. En un aspecto se trata de una gesta sin precedentes. Ningún velocista ha batido en las finales olímpicas los tres récords mundiales que definen el *sprint*: 100, 200 metros y el relevo 4x100. De un plumazo, Bolt supera a Jesse Owens, Bobby Morrow y Carl Lewis, los tres únicos hombres que habían conseguido el oro en las mismas pruebas. Pero sin la consagración de los récords.

No hubo otra carrera que la de Jamaica contra el récord del mundo. Aquellos 37,40 segundos de Estados Unidos en los Juegos de Barcelona fueron la última gran demostración de Carl Lewis, que había participado en la carrera de los 100 metros. No obtuvo plaza en los *trials*. La grandeza del sistema americano tiene ese punto de crueldad. Lewis no volvió a ganar una medalla olímpica en las pruebas cortas. Pero aquel cierre fue inolvidable. Recorrió como un ciclón los últimos cien metros y dejó un récord de largo alcance. Ha tenido que llegar otro huracán,

Usain Bolt, para borrar la última marca de Lewis del libro de los récords.

El monólogo jamaicano fue interpretado por Nesta Carter, Michael Frater, Usain Bolt y Asafa Powell. Dos magníficos velocistas, el mejor *sprinter* de todos los tiempos y un excepcional atleta de mandíbula blanda (Powell). Sin los estadounidenses en la pista, no había duelo morboso que vender. A Jamaica sólo se le podía escapar la victoria por un error, como ocurrió en la final femenina. Los relevistas sólo debían asegurar el cambio y tener buenas manos. Mientras el resto de los equipos habían dejado marcas de referencia en el suelo para intentar que los cambios de relevos se ajustaran lo mejor posible, no había una sola señal en el carril de Jamaica. Bolt pasó el testigo a Powell a ojo de buen cubero. Esas cosas no las hacen ni los estadounidenses en sus momentos de mayor dominio. Lo demás estaba escrito. Carter y Frater hicieron su trabajo sin grandes alardes. Para esas cuestiones estaban Bolt y Powell. Uno destrozó la carrera. El otro la remató sin complejos. Powell hizo una recta memorable y cerró la carrera con el récord mundial: 37,10 segundos. Un récord *boltiano*.

Desde Pekín, el término *boltiano* servirá para definir el tipo de récord que se escapa de una época y traslada los límites del hombre a territorios insospechados, 9,69 segundos, 19,30 segundos, 37,10 segundos. Es la huella de Bolt en los Juegos de Pekín. El asombro es tan grande que se buscan toda clase de explicaciones. Por supuesto, la sospecha de dopaje circula en un medio que ha visto los fraudes de Ben Johnson, Marion Jones y Justin Gatlin (campeones olímpicos en 1988, 2000 y 2004). Pero tampoco conviene caer en el cinismo y en la desconfianza absoluta. Bolt no es un desconocido. Se adelantó a su tiempo desde niño. Con dieciséis años logró una marca que le habría colocado en el podio de Pekín. Sólo las lesiones le impidieron concretar antes lo que ahora resulta abrumador.

Por cada duda, hay dos o tres factores que permiten confiar en Bolt, si es que se puede confiar ahora mismo en cualquier deporte. En primer lugar, una realidad: nunca ha dado positivo en los controles. Puede que eso suceda con muchos que trampean con sustancias prohibidas, pero hasta el momento todos los controles de Bolt han sido inmaculados. Tampoco es despreciable el factor físico. De vez

en cuando, aparece un atleta que rompe con las leyes conocidas del deporte. Por ejemplo, nunca hubo un base de 2,05 metros hasta que apareció Magic Johnson. La mezcla de habilidad y superioridad física le convirtieron en un jugador que marcó época.

Bolt está más cerca de los dos metros que del 1,95 que se le atribuye. Lo que sería una aberración -un gigante capaz de imponerse en las pruebas explosivas, nerviosas, que se asocian con los *sprinters* compactos, de talla media- se ha convertido en una ventaja insuperable para un hombre que aprovecha lo mejor de su altura -la longitud de zancada que le procuran sus larguísimas palancas- y su calidad genética de gran velocista: una frecuencia propia de un atleta de 1,75 metros. Todo eso con un gran equilibrio en el desplazamiento y un pie eléctrico. Se supondría que esa clase de velocista sería el ideal imaginable. Resulta que es real y está aquí: se llama Bolt. ¿Por qué no asumirlo? Hay otra cuestión, discutible quizá, pero no menor. Ningún velocista con la camiseta de Jamaica ha dado positivo jamás en Juegos Olímpicos y Campeonatos del Mundo. Durante décadas han pasado la prueba del algodón. Este dato también cuenta, junto a otros aspectos de orden cultural. En Jamaica, las carreras de velocidad son algo más que una tradición. Son una pasión nacional. Se trata de una isla pequeña del Caribe, con apenas 2,8 millones de habitantes que ha producido varios de los mejores velocistas de todos los tiempos, incluidos algunos que se hicieron célebres en otros países: los canadienses Ben Johnson (positivo en Seúl) y Donovan Bailey (campeón en Atlanta 96) y el británico Linford Christie (campeón en Barcelona 92). En una comunidad tan pequeña, donde los campeones de 100 y 200 metros son héroes que se añaden a la saga sagrada de sus predecesores, las desagradables consecuencias sociales para el tramposo serían infinitamente mayores que en el resto del planeta, donde el atletismo tiene mucha menos trascendencia. No es lo mismo cazar a un tramposo del atletismo en Estados Unidos, Rusia, Alemania o España que convertirse en el paria de una isla que ha elevado a sus velocistas a la categoría de dioses.

Marca, 23 de agosto de 2008.

Hércules en bañador

La rutina será la de siempre. Michael Phelps aparecerá hoy acompañado por siete nadadores, se acercará al poyete de salida, lo secará minuciosamente para evitar un resbalón, se ajustará las gafas y el gorro, se quitará los pequeños cascos que le permiten escuchar obsesivamente a sus ídolos del rap, escuchará el sonido de salida y se lanzará al agua. No será un día cualquiera, uno de los miles que han configurado sus días como nadador desde que aprendió a relacionarse con el agua. Tenía siete años, odiaba introducir la cabeza en el agua y comenzó a nadar de espaldas. Han pasado doce años desde entonces y ahora es un maestro de todos los estilos, con excepción de la braza, a la que apenas dedica tiempo y entrenamiento. Phelps, diecinueve años, se lanzará hoy a la piscina con el mandato que se ha impuesto: ganar en los 400 metros estilos la primera de las siete, quizá ocho medallas de oro en los Juegos de Atenas, y eclipsar la marca obtenida por Mark Spitz en Munich 72. Spitz conquistó siete de oro. Phelps quiere más. Será casi imposible, pero el sueño no se lo quita nadie.

Phelps es un animal acuático. Se dice que fuera del agua es un muchacho descoordinado, bastante torpe, sin ninguna gracia. En el agua es un pez de 1,94 metros que dispone de una morfología perfecta: un tronco larguísimo, unas piernas insospechadamente cortas, una envergadura de brazos de casi 2,05 metros y unos pies notables. No son las aletas de Ian Thorpe, pero le sirven. En el agua es un látigo. Así ha sido desde que comenzó a nadar en el club NBAC de Baltimore. Sus padres, procedentes de la cuenca de West Virginia, estaban en pleno proceso de divorcio y la madre decidió convertir la piscina en un refugio para sus hijos. Para Whitney Phelps, una de las dos hermanas de Michael, era el lugar que le preservaba de los gritos y los reproches que escuchaba en su casa. Whitney era la estrella de la familia. Una nadadora con un potencial enorme. Michael la tomó como modelo. Comenzó a nadar con siete años y desde entonces no ha parado. No recuerda cinco días en los últimos cuatro en los que no haya entrenado. Está donde esté, siempre encuentra una hora para lanzarse al agua. Es su elemento, el lugar donde se siente invulnerable.

Ahora es un muchacho multimillonario de diecinueve años, codiciado por varias de las mayores multinacionales. Quieren unir su nombre al del hombre que está decidido a protagonizar los Juegos de Atenas. Los estudios de mercadotecnia revelan que Phelps es el deportista con más potencial publicitario del equipo estadounidense. Es decir, el de mayor potencial del mundo. Los expertos en Octagon, la agencia que dirige sus pasos desde hace cuatro años, consideran que Phelps podría ingresar cerca de cincuenta millones de euros si consigue su objetivo en Atenas, las siete medallas de oro que tendrá que conquistar en siete días. La hazaña es casi imposible. Phelps se encontrará con algunos de los mejores nadadores de todos los tiempos: el australiano Ian Thorpe en los 200 metros libres, su compatriota Ian Crocker en los 100 mariposa, el magnífico equipo australiano en los relevos 4x200. Se diría que Phelps va directo al desastre, pero en sus planes no hay lugar para el pesimismo. Hay algo cierto. Si alguien quiere ganarle, tendrá que batir el récord del mundo. De lo contrario, vencerá Phelps. Eso explica la naturaleza de Phelps como nadador, sin duda el más completo que jamás se ha visto.

Su fanatismo por el agua no admite comparación. Nadie entrena más y con más intensidad. Nadie se queja menos. Ha puesto su vida a disposición de Bob Bowman, el entrenador que dirige su carrera deportiva desde los diez años. De Bowman, un tipo rechoncho, soltero, de aire marcial, se dice que desayuna, come y cena natación. Pasó por varios centros antes de recalar en Baltimore, Maryland, en la costa este americana, en las antípodas de la dorada California, la meca de la natación. En Baltimore descubrió a Phelps y ya no se movió de allí. Inmediatamente supo que estaba ante un fenómeno irrepetible. Con diez años, Michael comenzó a batir los récords nacionales de su grupo de edad. Poco después, Bowman reunió a sus padres. Les dijo que se sentaran porque la noticia podía impresionarles. "Con quince años, Michael será un nadador de primer nivel que probablemente atenderá como espectador a los Juegos de 2000. En 2004 formará parte del equipo estadounidense y luchará por algunas medallas. Poco después batirá sus primeros récords del mundo. En el año 2012 será el mejor nadador del mundo", les anunció Bowman. Eso

es lo que ha pasado: con catorce años se clasificó para los Juegos de Sidney; con quince fue finalista olímpico en 200 mariposa; con esa edad se convirtió en el nadador más precoz en batir un récord del mundo (200 mariposa); con dieciocho batió cinco récords mundiales en los Campeonatos de Barcelona (dos de ellos en el plazo de una hora, cosa que jamás había logrado ningún nadador); con diecinueve, ocho años antes de lo previsto por su entrenador, es el mejor del mundo.

Se separaron sus padres y Phelps mantuvo su fijación por el agua. Su relación con el padre, un policía recién jubilado, ha sido difícil. Debbie, su madre, una antigua maestra que ahora trabaja en el sistema de educación del estado de Maryland, ha tutelado su educación y la de sus hermanas. Una de ellas, Whitney, era la mejor especialista de mariposa en 1996, el año de los Juegos de Atlanta. Una lesión en la espalda le impidió conquistar un puesto en el equipo olímpico. Michael ha comentado que su hermana vivió aquella frustración como una tragedia. Desde entonces parece que cada una de sus hazañas es una ofrenda a Whitney. Obsesivo para entrenarse, competitivo como ningún otro, convencido de que vive un sueño glorioso, Phelps procesa natación por todos los costados. Ni tan siquiera ha ingresado en la universidad, la ruta obligada de los nadadores estadounidenses. Phelps se hizo profesional con dieciséis años y se mantuvo a las órdenes de Bowman en Baltimore. Después de los Juegos cambiará de ciudad. Bowman ha aceptado la oferta para dirigir al equipo de la Universidad de Michigan y Phelps le seguirá para entrenarse con él.

Bowman suele decir que "Michael lleva una vida muy afortunada, con la excepción de las cinco horas diarias de tortura". Sus métodos de entrenamiento están dirigidos únicamente a mejorar el rendimiento de Phelps en el agua. Fuera de su elemento, Phelps apenas levanta pesas y casi nunca corre por los alrededores del centro de entrenamiento junto a sus compañeros de equipo. Su rutina es una fatigosa cadena de kilómetros en el agua. Sus aficiones son sencillas. No tiene interés por las actividades artísticas, como Ian Thorpe, ni pretende ser un hombre de mundo. Dedicar sus horas a escuchar a los grandes del rap y a arreglar un viejo Cadillac. No se le conoce novia, y sí se sabe de su

apetito voraz. Vive en un mundo de colesterol capaz de proporcionarle ocho mil calorías diarias. Sin embargo, su figura no denota un gramo de grasa. Fibroso, con una flexibilidad extraordinaria en sus articulaciones, su relación con el agua es casi perfecta. Y su respuesta, también. En Atenas participará en dieciocho carreras, un promedio de 2,5 por día, en un régimen de máxima exigencia. El desgaste será brutal, pero Phelps se destaca por un asombroso poder de recuperación. Sólo así se explican los dos récords que batió en los Mundiales de Barcelona en el plazo de una hora. El fisiólogo lituano Genadius Sokolovas, ahora integrado en la Federación Estadounidense de Natación, ha estudiado los resultados de las pruebas de esfuerzo de más de cinco mil nadadores en los últimos veinte años. Después de una carrera importante, los niveles de ácido láctico -la sustancia que segrega el cuerpo durante las fases de esfuerzo y que ataca a la respuesta eficaz de los músculos- de los nadadores se sitúan entre 10 y 15 milimoles por litro de sangre. El único que ha registrado menos de 10 milimoles después de batir un récord del mundo ha sido Michael Phelps. Después de lograr el récord de 200 mariposa su nivel era de 5,8 milimoles. Este dato es una bendición para Phelps, sobre todo porque le permite una capacidad de mantener el máximo esfuerzo durante más tiempo que los demás. En su desafío de Atenas lo necesitará más que nunca. Al fin y al cabo, su empresa es descomunal. Será Hércules en bañador.

El País, 14 de agosto de 2004.

* * * * *

La mano de Dios

La séptima fue especial, un duelo contra la historia y contra un rival -el serbio Milorad Cavic- que exigió de Phelps un recurso mágico: la frontera que marca las diferencias entre los grandes y los genios. En el último instante de una carrera que tenía perdida, tomó la decisión que alteró definitivamente el resultado. Se levantó sobre el agua para dar una pequeña contundente y ganadora brazada. Cavic, que había gobernado con autoridad, hizo lo contrario y quizá lo más natural: aprovechó su último

impulso para deslizarse bajo el agua hacia la pared. Su mano estaba a treinta centímetros del muro. Desde atrás, como un pájaro gigantesco, Phelps abrió los brazos, los elevó sobre los hombros y los desplazó hacia la pared como una catapulta. Tardó menos en describir un arco de metro y medio que Cavic en alcanzar su cercano objetivo. Ganó por una centésima de segundo. La menor ventaja posible para la victoria, que le iguala a Mark Spitz. Fue la séptima medalla de oro de Phelps.

No hay una imagen que acredite la victoria ante la opinión pública. Los dos nadadores se giraron hacia el marcador situado en el otro fondo de la piscina. Apenas diez segundos después, aparecieron los tiempos y la clasificación. La rutina de cada día, la misma que vale para confirmar todos los márgenes de ventaja que ha obtenido Phelps durante los Juegos: los grandes, los normales, los pequeños y los ínfimos. Éste fue el caso en los 100 metros mariposa. Cavic, el nadador serbio que nació en Anaheim (California), se entrena en Estados Unidos y había esperado su momento durante una semana. Tenía tres carreras para derrotar al mito: la primera ronda, la semifinal y la final. Trescientos metros, en total. En ese mismo intervalo, la laboriosa epopeya de Phelps le había obligado a disputar dieciséis carreras, recorrer 3,2 kilómetros, acudir al podio, recibir medallas, escuchar el himno y acudir a las conferencias de prensa que conceden los medallistas de cada prueba.

El efecto de la fatiga se ha hecho evidente en los dos últimos días. Ha sufrido más para vencer y ha encontrado rivales cada vez más voraces. Al problema del cansancio se agregaba la dificultad para tramitar los 100 metros mariposa. Perdió el récord mundial en los Mundiales de Barcelona, en 2003, y desde entonces no lo ha recuperado. Esta dificultad acrecienta su magnitud como nadador: gana las fáciles, las difíciles y las imposibles. Cuando se hace humano y tiene que combatir en el barro de la competición, Phelps también es mejor que los demás. La carrera de 100 mariposa puede presentar a un Phelps vulnerable, pero la realidad es que ha ganado la prueba en los Juegos de Atenas 2004, en los Mundiales de Melbourne 2007 y en los Juegos de Pekín.

En esta ocasión no le salió su compañero Ian Crocker como principal adversario. Crocker, que

posee el récord mundial con 50,40 segundos, comienza a declinar. No siente la misma pasión que Phelps, ni le motiva como antes la posibilidad de derrotar a su rival. Prefiere disfrutar de los placeres mundanos: los buenos restaurantes, la música de Dylan y los viejos modelos de coches. A Crocker le ha sucedido Cavic, cuya especialización en la prueba de 100 metros mariposa le han rendido unos resultados espectaculares. Durante años fue un buen librista que no consiguió éxitos relevantes. Su estirón como mariposista ha sido fulgurante. Sólo se había reparado en él por un incidente extradeportivo. Tras ganar la prueba de 50 metros mariposa (distancia no incluida en el programa olímpico) en los últimos Campeonatos de Europa, apareció en escena con una camiseta que reclama Kosovo para Serbia. El suceso hizo ruido y Cavic fue expulsado de la competición.

No se ha sabido mucho más de él hasta el pasado jueves, fecha de la primera eliminatoria de los 100 metros mariposa. Logró el mejor tiempo de todas las series y repitió en las semifinales. Nadador explosivo, parecido a Crocker en su estrategia -salidas eléctricas, un primer parcial extraordinario y administrar con bastante esfuerzo la ventaja que obtiene-, insistió en su plan. Phelps ha adquirido la mala costumbre de conceder demasiado tiempo a rivales demasiado rápidos. En el giro de los cincuenta metros fue penúltimo, en una situación de alerta máxima. Cavic había cobrado una ventaja de sesenta y tres centésimas, una eternidad para una distancia tan corta. La proximidad de la victoria aumentó la resistencia de Cavic. La inminencia de la derrota disparó todos los resortes de Phelps. Uno siguió el canon en la llegada. El otro inventó. Ganó la mano de Dios.

Marca, 17 de agosto de 2008.